

La religión como factor de civilización en *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento.

Prof. Lic. Carlos E. Bulacios

Área: IV. Creatividad y memoria: las artes figurativas, literarias y dramáticas.

c) Pensadores y promotores que contribuyeron en el área.

Introducción.

A partir de la dicotomía “civilización y barbarie” propuesta en la obra, abordaremos el aspecto religioso como factor de civilización que caracteriza a una sociedad, según la tesis sarmientina. Santiago Petschen¹ sostiene que las civilizaciones se han formado en el mundo sobre la base de las religiones. Ocurre con las seis civilizaciones que persisten en nuestros días. La civilización occidental y la civilización eslavo-ortodoxa son de base cristiana. La civilización islámica se origina en el Islam. Y así sucede también con las civilizaciones hindú, sintoísta y confuciana. Tal vez de todas ellas la que menos rasgos religiosos tiene es la confuciana.

La formación integral del ser humano no debe ignorar la dimensión trascendental que le otorga nuevos significados a su existencia, y donde las últimas generaciones han asistido a un culto excesivo por el Homo sapiens, desacreditando al Homo religiosus, pues son facetas indisolubles de una misma realidad.

La Historia permite analizar la religión como factor de civilización y de trascendencia en las distintas etapas de la Humanidad, no sólo como elemento de cultura sino también una visión del mundo que no acaba en los confines de su propia percepción.

En este sentido y como sabemos, Sarmiento, el escritor americano, define su posición a partir del modelo europeo; es por esto que al referirnos a la religión estamos considerando a la de base judeocristiana y no a las de los pueblos originarios de nuestro continente. Es oportuno, entonces, destacar aquellos datos biográficos que nos ayuden a descubrir la formación e influencia religiosa del autor.

¹ Santiago Petschen: “La religión, el factor más profundo de las civilizaciones” en Revista Fuerzas religiosas y sociedad internacional, Madrid, 2009.

Sarmiento y su relación con el catolicismo.

El historiador y académico Néstor Tomás Auza² se ha ocupado recientemente del tema en un estudio titulado “Sarmiento, la religión y la Iglesia”. Durante toda su vida, aquel genio apasionado y no poco contradictorio fue un convencido difusor del catecismo. En 1839, el año en que escribía en “El Zonda”, por él fundado, creó en San Juan una escuela para señoritas, que puso bajo el patronazgo de Santa Rosa de Lima y la protección de la Asunción de María. Él redactó los estatutos y prescribió la enseñanza de la religión y la moral católica, la oración de la mañana, el rosario de la tarde, la misa dominical y la novena de la santa patrona. Quince años más tarde, en su primera circular como director del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires, ordenó puntillosamente a los maestros las oraciones que se debían rezar, la asistencia a misa y la preparación de monaguillos para ayudar a los párrocos. Por aquellos años en que se propiciaba la enseñanza religiosa en las escuelas, Sarmiento no encontraba textos adecuados. No le satisfacían los de Astete, Pouget y Fleury, en uso comúnmente entonces; por eso tradujo del francés el catecismo de la doctrina cristiana “Conciencia de un niño”, de Schenidt y lo editó para usarlo en la Escuela Normal durante una de sus estadías en Chile. Este libro se difundió ampliamente en colegios y parroquias de nuestro país, donde José Manuel Estrada lo adoptó en 1866 para la provincia de Buenos Aires. No hay que olvidar, además, que escribió una *Vida de Jesús*, que debía complementar al catecismo.

Es verdad que entre 1882 y 1884 renegó de lo que había sostenido, asumiendo el programa anticatólico de la mosonería, y en el debate sobre la Ley de Educación Común no aceptó la religión como parte del currículo escolar, proponía mantenerla antes o después del horario de clases. Despuntó en esa época, sobre todo en su discusión con los líderes católicos, un viejo relente anticlerical y el carácter descuidado y superficial de su formación religiosa. Sin embargo, en aquel período, todavía continuaba editando y distribuyendo catecismos y su *Vida de Jesús*, para la que obtuvo la aprobación del obispo de Cuyo.

Según Sarmiento, nuestra escuela debe ser laica. Lo exigen factores determinantes del progreso social, razones de orden cultural y necesidades del régimen democrático y republicano. De ahí su campaña encendida y, a menudo, violenta en favor de la laicidad escolar, desarrollada primero en las páginas del El Nacional con motivo del Congreso Pedagógico en 1882, y dos años después en los debates que tuvieron lugar en el Parlamento al examinar el proyecto de ley que sería adoptado.

² Néstor T. Auza: “Sarmiento, la religión y la Iglesia”, citado por Mons. Héctor Aguer en su Discurso Inaugural del Curso de Rectores 2011 del CONSUDEC: “El educador y sus circunstancias”, Córdoba. 2011

Ciertamente, no puede verse en esta actitud un rasgo de ateísmo o un estado espiritual contrario a la religión, en cuanto ideal superior. Sus sentimientos cristianos y su respeto a la religión están probados por diversos actos docentes, tales como la mencionada difusión entre los escolares chilenos de *La conciencia de un niño* (libro sobre doctrina católica que contiene rezos) y la *Vida de Jesucristo* (texto que explica los Evangelios), así como por reiteradas manifestaciones que pueden leerse en *La escuela sin la religión de mi mujer* y en muchos otros trabajos.

Para Sarmiento una sociedad en desarrollo tiene que aspirar a tener instituciones sólidas y modernas. El individuo aislado no contribuye a la formación social, es una fuerza disolvente. En el caso del gaucho, su aislamiento no era total. La pulpería, el almacén de campo, proveía las condiciones para formar una base social de agrupación (*Facundo* Cap. III). Igualmente, las prácticas religiosas, aunque informales, creaban una configuración espiritual especial en el hombre argentino. Las condiciones irregulares de la vida llevaban a la constitución de una sociedad semicivilizada, bárbara. El gaucho participaba de la vida cultural y política de su mundo rural bárbaro. Pero el ser nacional argentino debía evolucionar hacia el estado de civilización. Para lograr esto las instituciones embrionarias: educativas, religiosas, políticas, debían transformarse en instituciones funcionales y eficientes, representativas de los intereses del estado liberal. Hacía falta educar al ciudadano del futuro, crear prácticas religiosas racionales, fundar partidos políticos democráticos y liberales. El territorio argentino, desgraciadamente, estaba en esos momentos escasamente poblado. El ser argentino no podía progresar solo, aislado. Era necesario poblar el territorio, formar núcleos sociales civilizados y extenderlos a lo largo de todo el país.

Concibió la civilización con el carácter amplio que le asignaron los constituyentes del 53, y no con el limitado que tuvo en el país después del 80. Civilizar era para él proveer lo conducente a la prosperidad del país y al adelanto de todas las provincias, dictando las leyes y reglamentos necesarios para crear un Estado de derecho y promoviendo la inmigración, la construcción de ferrocarriles, la colonización de tierras de propiedad fiscal, la introducción y establecimiento de nuevas industrias, la importación de capitales extranjeros, etc.; pero también era atender al progreso de la cultura, organizando la educación nacional y asegurando el bienestar y la libertad de todos y cada uno de los habitantes, tanto como la soberanía de la República, según lo establece la Carta Magna de Argentina.

La barbarie y el caudillismo, con su secuela de ignorancia, pobreza, anarquía y fanatismo, formaban, según Sarmiento, la familia de nuestros males sociales, males cuyo origen explicó en términos demográficos y mediante una doble

interpretación del problema. En *Facundo (Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga)*, hizo una interpretación cuantitativa: la despoblación; en *Conflicto (Conflicto y armonías de las razas en América)*, en cambio, expuso una interpretación cualitativa: la formación étnica.

El desierto, cuya belleza descubrieron los escritores románticos argentinos, fue una de las ilustraciones de las proyecciones sociales de Sarmiento. La desolación, siendo contraria a las relaciones políticas positivas, a los intereses económicos y a los estímulos culturales, daba la clave de la ignorancia y la anarquía. Es oportuno en este punto detenernos a analizar la visión romántica de la naturaleza en el autor.

Visión Romántica.

La descripción literaria de la naturaleza, la exaltación de figuras y paisajes es una de las posibilidades que, en el campo temático, aporta el Romanticismo como movimiento de revalorización de lo nacional y de lo autóctono frente al racionalismo sin fronteras del Neoclasicismo. Todo cuanto el Romanticismo aporta de regreso a las raíces diferenciadas y autóctonas tiene su razón de ser en América inaugurando el derecho a ser distinto. Y América comienza a ser entendida como un paisaje diferente.

El descubrimiento del propio paisaje en la literatura hispanoamericana, se hace posible gracias al romántico francés Chateaubriand quien crea la estética del “exotismo”: la sustitución del concepto del jardín “francés” (la naturaleza recortada racional y geoméricamente por el hombre), por la moda del parque “inglés” en el que se ofrecen la vegetación y las distintas disposiciones de la tierra y sus rocas en su espontánea libertad. La visión del “jardín” es una visión a la vez polícroma y polifónica, mezcla los matices del colorismo solar y lunar y goza de la descripción de los rumores del viento entre los árboles, el murmullo del agua del manantial o del cantar del pájaro. Es una estética donde el hombre aparece gozando de su superioridad sobre la Naturaleza. En la visión romántica del “parque”, en cambio, la criatura humana aparece como inmersa y dominada por las fuerzas inmensas de alcance desconocido, sobrecogida por el misterio y la majestad de una visión sin límites. Ciertamente, esta dimensionalidad y esta misteriosa fuerza puede ofrecerlas Argentina según es presentada en toda inmensidad: “Allí, la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar

el punto en el que el mundo acaba y empieza el cielo.”³

En este fragmento, vemos cómo la confrontación Hombre-Naturaleza cobra una dimensión especialmente ejemplar en la obra de Sarmiento. El hombre es, pues, un ser acechante, aplastado por lo indomable, por lo que no tiene límite. Amedrentado por el indio salvaje. Viviendo una vida a caballo, bárbara y arriesgada, que gira en torno a una espantosa conciencia de soledad, en la que debe establecer su seguridad y su ley. Sarmiento no ve en el desierto un paisaje encantador o sublime sino una amenaza anticultural y ámbito propicio para la barbarie: "Había antes de 1810, en la República Argentina, dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas; la una española, europea civilizada, y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y, después de largos años de lucha, la una absorbiese a la otra"⁴.

Es la naturaleza, entonces, la que marca a fuego al hombre que la habita. El hombre es producto del medio, signado por una pertinaz metáfora geográfica. El uso que hace Sarmiento de la descripción romántica del paisaje nos propone contradicciones más profundas inspiradas en la geografía del comportamiento.

Sarmiento supone que los caracteres de un pueblo son consecuencia de su medio ambiente, de la geografía circundante. La materialidad del aire y la tierra no configuran únicamente un escenario pasivo para la vida humana. Lo geográfico talla el espíritu de sus habitantes.

El ambiente, el paisaje, la naturaleza, son el espacio físico que, dentro de un devenir histórico, tornean la espiritualidad de un pueblo: "Hay que hacer notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos."⁵

De esta manera, el autor encuentra que es la inmensidad despótica de la Pampa y del Chaco impenetrable formadora del hombre de campo, el gaucho, cuya mitificación concentra los valores dinámicos y primarios de lo "bárbaro";

³ Domingo Faustino Sarmiento: *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*, Buenos Aires, Puerto de Palos, 2006, Pag. 32.

⁴ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 75

⁵ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 52

mientras que las ciudades son el escenario de la cultura y del hombre civilizado. Sarmiento dice estar en presencia de dos sociedades bien distintas, opuestas por las condiciones de vida que les depara esa inmensa e inabarcable extensión que castiga a la Argentina.

Su obra, *Conflicto y armonías de las razas en América*, en relación al tema que nos ocupa, explica el origen de nuestros males sociales desde el punto de vista étnico. Sostiene Sarmiento que la ignorancia de nuestras masas y la anarquía política, con sus secuelas de corrupción de las instituciones democráticas, el lento desarrollo económico y la penuria cultural, se derivaban de dos factores: la herencia española y la mestización indígena. Para corroborar su afirmación, compara los resultados de la colonización española y la inglesa. La diferente evolución de los pueblos latinoamericanos y del pueblo saxoamericano resulta, según Sarmiento, de una diferencia de civilización y, especialmente, de un desigual desarrollo económico de España e Inglaterra que se reproduce en sus colonias de América.

En la segunda parte de esta obra se afirma la superioridad moral del mundo protestante sobre el mundo católico, superioridad que caracteriza el hábito del libre examen y un mayor cultivo de la dignidad personal, ofreciendo las condiciones necesarias para la práctica de las instituciones libres y del régimen democrático.

Pero tales males, felizmente, no son incurables. Al respecto aconseja tres remedios: inmigración europea, trabajo y educación pública, si bien poniendo el acento sobre el último.

La cuestión religiosa en *Facundo*.

Hasta aquí hemos visto un panorama general de la religión en el pensamiento sarmientino pero ahora nos abocaremos al análisis central de nuestro estudio: la cuestión religiosa en *Facundo*. Para ello seguiremos el estudio que Joel L. Lorenzatti⁶ hace al respecto. Introduce la temática con una pregunta apropiada para la ocasión que nuestro autor hace en su *Facundo*: “¿Hubo cuestión religiosa en la República Argentina?”.

A tal pregunta, Sarmiento responderá seguidamente: “Yo lo negaría redondamente, si no supiese que cuanto más bárbaro y por tanto más irreligioso es un pueblo, tanto más susceptible es de preocuparse y fanatizarse”. Evidentemente, la cuestión religiosa cumple un papel importante desde su óptica.

⁶ Joel J. Lorenzatti: “América Latina y América Anglosajona. Una lectura de sus desigualdades en base al *Facundo* de Sarmiento”. Escuela de Filosofía, Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario.

Vemos expresado allí que la irreligiosidad de un pueblo está estrictamente ligada a la susceptibilidad de preocuparse y fanatizarse. En efecto, si seguimos la obra del sanjuanino, a medida que el sentimiento religioso se va atenuando tal como sucede en el desierto, el hombre entra en un proceso de barbarie. En palabras de Sarmiento:

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras, a la religión natural: el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones [...]. Preguntadle al gaucho a quién matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas mezcladas de hechos naturales pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras.⁷

Por esto, el hombre sin religión es consecuencia del desierto. Incluso, cuando se analiza la personalidad del hombre del desierto, del caudillo, Sarmiento cuenta de Quiroga “que jamás se ha confesado, rezado ni oído misa –que cuando estuvo de general, lo vio una vez en misa– que él mismo le decía que no creía en nada”. También leemos que Rosas “ha profanado los altares, poniendo en ellos su infame retrato; porque él ha degollado sacerdotes, [...] obligándolos a abandonar su Patria”.

Estos fragmentos presentan evidentemente una suerte de identificación entre caudillismo bárbaro y ausencia de religión. No obstante, tal como se verá a continuación, Sarmiento en otros fragmentos también asociará al islamismo y al catolicismo con la personalidad bárbara del caudillo.

Si bien no encontramos en América Latina difusión alguna de esta religión, Sarmiento hace referencia en sus obras al islamismo o mahometanismo, aunque sólo en tono peyorativo pues se limita a describirlo como una religión bárbara e inferior a la cristiana de la Europa y la América civilizada. Como habíamos dicho anteriormente, entonces, la barbarie no sólo será asociada con la ausencia de religión, sino también con la religión oficial de los países de medio oriente. Podemos encontrar menciones de esto en las partes del Facundo cuando describe al continente oprimido por Rosas: “América tal como la presentaba Rosas, bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo”. Por otro lado, el mahometanismo es también la religión de los tártaros, a los cuales durante toda su obra el sanjuanino los describe como pueblos sanguinarios y salvajes asociándolos a los gobiernos despóticos de Quiroga y Rosas. En efecto, cada vez que el sanjuanino nombra al pueblo tártaro lo hace de manera peyorativa para

⁷ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 46.

hacer resaltar la ignorancia y ausencia de cultivo intelectual tal como lo expresa al decir que “el progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara [es] no sólo descuidada, sino imposible”. No obstante, es necesario destacar que tártaro o árabe Sarmiento los confunde utilizándolos como sinónimos, y además como sinónimos de bárbaro e incivilizado, aunque en su texto muchas veces también cometerá el desliz de hablar de civilización tártara lo cual constituiría una contradicción en los términos desde su misma óptica. Más allá de esto, es claro que cada vez que habla de civilización tártara lo hace como contrapunto de civilización europea. De cualquier modo, Sarmiento es un poco injusto con su crítica a los pueblos árabes; y seguramente no esté teniendo en cuenta que la matemática, medicina, astronomía y filosofía que él lee es en buena medida producto de los árabes. Es un terreno pantanoso la relación entre las cuestiones intelectuales y las valoraciones que el islamismo hace de ellas.

El pueblo árabe y su expansión islámica dista mucho de ser una horda salvaje sumergida en la ignorancia. Baste recordar a grandes escolásticos árabes como Alkindi, Alfarabí, Avicena o Averroes; aunque también es cierto que algunos fueron condenados por el mismo islamismo debido a sus posiciones heterodoxas en cuestiones de fe. De cualquier manera quizá lo que Sarmiento tenga en mente sea su menosprecio por España, explicando su retraso con respecto a la Europa septentrional por los ocho siglos de pie árabe sobre suelo ibérico.

Tal como mencionábamos con anterioridad, encontramos que el caudillismo y el «imperio del facón» no sólo es asociado con la ausencia de religión sino también con la religión católica desde la perspectiva del sanjuanino. Esta ambigüedad puede leerse en otros fragmentos de la obra donde nuestro autor caracteriza a Facundo ya no como aquél que “no creía en nada”; sino más bien como un “Facundo [que] está a las puertas de la ciudad con una bandera negra dividida por una cruz sanguinolenta, rodeada de este lema: ¡Religión o muerte!”. De un modo similar, Rosas también será asociado al catolicismo al caracterizarlo como “jefe del partido católico”. Por otro lado, ni el Pontífice ni el Pontificado gozaba tampoco de buena reputación a los ojos de Sarmiento, incluso presenta a la institución vaticana, sede capital de la iglesia católico-romana como aliada de los bandidos: “Así, el Gobierno Papal hace transacciones con los bandidos, a quienes da empleos en Roma, estimulando con esto el bandalaje, y creándole un porvenir seguro: así, el Sultán concedía a Mehemet Alí la investidura de Bajá de Egipto, para tener que reconocerlo más tarde rey hereditario, a trueque de que no lo destronase”.⁸

⁸ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 126.

Por otro lado, la crítica del sanjuanino a la sociedad católica provinciana pasa por la intolerancia religiosa y la falta de libertad de culto, puesto que ésta es una cuestión medular que favorece la inmigración de aquella población que se pretende: “quien dice libertad de cultos, dice inmigración europea y población”. Al respecto se comenta también que:

[Cuando el Gobierno en Buenos Aires] propuso conceder a estos extranjeros la libertad de cultos, y la parte más ilustrada del clero sostuvo y sancionó la ley [en las provincias no se lo recibió de buena manera, sino que] ésta fue una cuestión de religión, de salvación y condenación eternas: ¡Imaginaos cómo la recibiría Córdoba! En Córdoba se levantó una inquisición: San Juan experimentó una sublevación católica, porque así se llamó el partido para distinguirse de los libertinos, sus enemigos.⁹

Es clara la contradicción que al respecto podemos encontrar en el pensamiento sarmientino en cuanto a su valoración del catolicismo; aunque si lo analizamos detalladamente es posible ver que no es tan así. Muchas veces la religión es utilizada para justificar las más grandes injusticias haciendo de ella un arma de muerte y sometimiento, desnaturalizándola y apartándola de sus principios dogmáticos fundamentalistas.

En nuestro estudio es importante analizar la postura del autor frente al protestantismo, ya que en la obra que nos ocupa podemos encontrar variados elementos que lo permiten. Entre las puertas de la Edad Media y los umbrales de la Modernidad encontramos esa transición un tanto extraña que se ha denominado Renacimiento. En esta nueva atmósfera intelectual encontramos dos cambios de perspectiva en la ciencia: la técnica y la invención; cuatro cambios de perspectivas en las artes: literatura, arquitectura, escultura y pintura; y un cambio de perspectiva en lo religioso: la reforma protestante. Muchos y variados fueron los movimientos y los líderes que bajo el común denominador de la reforma protestante sacudieron el fundamento de la iglesia cristiana del siglo XVI, de modo que alcanzó una magnitud tan importante que en menos de cuarenta años la mayoría de los países de la Europa septentrional habían abrazado la fe reformada. Es sumamente llamativo que Sarmiento jamás confundió el término cristiano con católico; es decir, que nunca circunscribió el primero al segundo, sino que por el contrario, en toda su obra exaltó la doctrina del protestantismo al mismo tiempo que combatió la educación clerical y la teología católica en nombre de la ciencia y

⁹ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 131.

el progreso. Cabe recordar, como señalamos anteriormente que, en *Conflicto y armonías de las razas en América*, Sarmiento acentúa la superioridad moral del mundo protestante por sobre el mundo católico, superioridad que se trasluce en el hábito del libre examen, el cultivo de la dignidad personal, la concientización de la práctica institucional democrática y la predisposición a la educación. El sanjuanino sostuvo que el protestante está más capacitado para aprender que el católico, pues tiene un vínculo directo con el texto bíblico que no se da entre los católicos debido a que la lectura de las Sagradas Escrituras se haya mediatizada por la institución eclesiástica.

La religión como elemento moralizador y civilizador de los pueblos está muy presente en Sarmiento y se expresa en sentencias como:

El Nuevo Gobierno dará al culto la dignidad que le corresponde, y elevará la religión y sus ministros a la altura que se necesita para que moralice a los pueblos; el Nuevo Gobierno hará de la justicia, de las formas recibidas en los pueblos civilizados el medio de corregir los delitos públicos y trabajará por estimular las pasiones nobles y virtuosas que ha puesto Dios en el corazón del hombre, para su dicha en la tierra, haciendo de ellas el escalón para elevarse e influir en los negocios públicos.¹⁰

Incluso en esta última sentencia se encuentra esbozada la idea protestante de interconexión entre la ética protestante y sus implicaciones económicas que había visto borrosamente Lutero y que con Calvino había alcanzado fundamento teológico. En otros fragmentos del *Facundo* también se puede leer esta apología del protestantismo –y en especial del puritanismo inglés– seguido de un menoscabo del catolicismo:

Las guerras religiosas del siglo XV en Europa son mantenidas de ambas partes por creyentes sinceros, exaltados, fanáticos y decididos hasta el martirio, sin miras políticas, sin ambición. Los puritanos leían la Biblia en el momento antes del combate, oraban, y se preparaban con ayunos y penitencias. Sobre todo, el signo en que se conoce el espíritu de los partidos es que realizan sus propósitos cuando llegan a triunfar, aún más allá de donde estaban asegurados antes de la lucha. Cuando esto no sucede, hay decepción en las palabras. Después de haber triunfado en la República Argentina el partido que se apellida católico ¿qué ha hecho por la religión o los intereses del sacerdocio?¹¹

¹⁰ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 135

¹¹ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 174.

Ahora bien ¿es totalmente justo Sarmiento con sus apreciaciones hacia el protestantismo? No parece que así sea. Si bien existen fundamentos atendibles para sostener la mayoría de estas tesis, el protestantismo ha recibido una suerte de idealización por parte del sanjuanino. Cabe recordar que el protestantismo ha tenido sus intolerancias y desbarajustes también: tras la ruptura con el papado, Enrique VIII prohíbe graduar católicos en Oxford; y Calvino, no por ser el gran educador en Ginebra se abstiene de ejecutar cincuenta y ocho personas por herejías religiosas, una de ellas, la del sabio español Miguel Servet, también heterodoxo, pero discrepante de Calvino en el tema de la Trinidad. Por otro lado, si bien la reforma protestante trae aires nuevos de cambio y de libertad de pensamiento, no por ello la injerencia eclesiástica deja de tener influencia sobre la persona. Weber nos lo recuerda cuando expresa:

La supresión del dominio eclesiástico sobre la vida no era el espíritu de la reforma, antes bien el anhelo de cambiar la forma de aquél poder por otra distinta. Es más, sustituir un poder demasiado suave, casi imperceptible en la práctica y, en efecto próximo a lo puramente clásico, por otro que debería intervenir con mucha más intensidad en los ámbitos de la vida pública y privada, estipulando una regulación onerosa y con meticulosidad en la conducta personal.¹²

Éstas son consideraciones que también hay que tener en cuenta. Ahora bien, más allá de su opinión ¿cuál es la relación de Sarmiento con la religión? Pues parece ser que en todo momento el sanjuanino deja entrever sus sentimientos cristianos y su profundo respeto y apego por la religión. ¿Contradicción en un hombre de ideas en pos del progreso, en nombre de la ciencia? Responderemos a estas preguntas que vertebrarán la conclusión.

Conclusión:

Sarmiento no fue el primero en oponer los conceptos de civilización y barbarie. Pero fue él quien le dio forma y argumento a su variante argentina y de ese modo marcó, definitivamente, la cultura nacional. Se trata de un conflicto universal, traducido como la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre los habitantes cultos de las ciudades y el gaucho de la pampa; en definitiva: entre la campaña y la ciudad. Por lo tanto, ¿cuál es el problema de nuestro país?: “Ser o no salvaje”, según lo afirma contundentemente el autor de *Facundo*.

El eje que seguimos en nuestro trabajo estuvo orientado a demostrar cómo la religión posibilita el desarrollo cultural y la civilización de la sociedad. A partir de

¹² M. Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Prometeo, Buenos Aires, 2003, p. 236.

esto podemos afirmar que el desarrollo y la apertura a la trascendencia es un aspecto esencial del ser humano y de las civilizaciones por él constituidas.

La ausencia de religión se identifica con el desierto, con la nada, con el vacío. Y, en sentido comparativo, si el desierto es el ámbito propio de la barbarie, la falta de religión será un signo de ignorancia y carencia cultural. Si bien hemos analizado la visión sarmientina con respecto a diferentes religiones y hemos señalado preferencias y críticas, como así también algunas contradicciones en sus ideas, es incuestionable que en su visión religiosa – que no es lo mismo que su “práctica religiosa”-, está claro ese sentido de trascendencia que eleva al hombre a las cosas superiores. Ese sentido de elevación y trascendencia es descripto con un estilo romántico en las siguientes líneas:

Era aquel un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de la casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, [...], hacía coro, a que contestaba una docena de mujeres y algunos mocetones. [...] Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias, que la que recitó.[...] Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida.¹³

Éste es el efecto civilizador que produce la religión en el hombre. En la vivencia subjetiva del ser humano se dan diversas concepciones de la divinidad, del espíritu, de la vida futura, de los ritos, de las diferentes formas de relacionarse con los fenómenos de la naturaleza, el cuerpo humano, la política, la economía, la educación, etc. La creencia religiosa penetra con frecuencia hasta las capas más profundas de la persona. El convencimiento religioso alcanza estratos muy íntimos y origina unas convicciones de tan gran hondura que marcan la moralidad de la conducta humana.

La religión es, evidentemente, fuente de identidad. Pero no sólo religiosa. La identidad originada por la religión trasciende a lo religioso y abarca todo el ámbito de lo cultural cuando las creencias informan las tradiciones, las costumbres y demás productos espontáneos de la sociedad humana. Es entonces, como sostenemos en nuestra tesis inicial, la base creadora de las civilizaciones - algo

¹³ Domingo Faustino Sarmiento, Op. Cit., p. 45-46.

que otras manifestaciones identitarias de la vida humana no han tenido ni tienen capacidad de hacer- y posibilita la conformación de una dimensión cultural por su influencia en el mundo del pensamiento y del arte, en muchos usos sociales actuales, estructuras y costumbres, como así también en los códigos de conducta individual y colectiva.

Bibliografía:

Allub, Leopoldo: «La ética católica y el espíritu del caudillismo» en *Poder político y dominación: perspectivas antropológicas*, Manuel Villa Aguilar (compilador), Colegio de México, México, 1986.

Altamirano, Carlos: “El orientalismo y la idea del despotismo en el Facundo”, en *Ensayos Argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

Belín Sarmiento, Augusto: *Sarmiento anecdótico*. Buenos Aires, David Soria, 1905.

Campobassi, José, S: *Sarmiento y su época*. Buenos Aires, Losada, 1975.

Jitrik, Noé: *Muerte y resurrección de Facundo*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, 1983.

Petschen, Santiago: “La religión, el factor más profundo de las civilizaciones” en *Revista Fuerzas religiosas y sociedad internacional*, Madrid, 2009.

Rojas, Ricardo: *El profeta de la pampa*. Buenos Aires, Losada, 1945.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonías de las razas en América*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2007.

Sarmiento, Domingo Faustino: *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*. Buenos Aires, Puerto de Palos, 2006.

Weber, Max: *Ensayos sobre sociología de la religión I*. Madrid, Taurus, 1998.

Weber, Max: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Prometeo, Buenos Aires, 2003.

Autor: Prof. Lic. Carlos Eduardo Bulacios.

Dirección: 24 de septiembre 344. Aguilares – Tucumán. CP. 4152

carlosbulacios76@gmail.com

Cel: 03865-15457834

Institución: Universidad Nacional de Tucumán – Colegio Universitario Vocacional

Concepción.